El mártir

Eduardo Arochi Tinajero

Capítulo 1

El último día de su viaje regresó al hostal después de salir a comer y se encontró con el candado de su casillero roto. Temiendo lo peor, como si fuera un horno caliente, abrió la puertecita con la cara tensa y los ojos entreabiertos. Su ropa estaba ahí, se veía igual de revuelta que como la había dejado. Entre el desorden, lo único que había acomodado era un par de calcetines blancos que, aunque ya no recordaba por qué, los llamaba sus calcetines de la suerte. Para que la buena suerte no se les fuera por el caño nunca los había lavado, haciéndolos el perfecto escondite para sus pocos pero indispensables billetes. Había pensado que su fetidez, famosa entre sus amigos, repelería a cualquier ladrón que tuviera una nariz medianamente sensitiva. Recordaba haberlos apachurrado contra una de las esquinas debajo de sus calzones, pero ya no estaban ahí. Sacó todo, lo regó por el piso y entre toda su ropa no pudo encontrar ni un rastro de blanco. Los bastardos no solo se habían llevado todo su dinero, también habían huido con su suerte. En su bolsillo tenía solo unas cuantas monedas que le habían dado de cambio en el comedor y, por suerte, su pasaporte siempre lo llevaba consigo en el bolsillo del pantalón —tal vez no confiaba tanto en sus calcetines después de todo. Con un vacío en la boca del estómago, correlacionado con la sensación de miedo, y una metamorfosis de los dedos de las manos a una rígida y temblorosa pata de águila, correlacionado con la ira, entendió que todo estaba perdido.

Se sentó en la cama inferior de la litera y, mientras golpeaba arrítmica y nerviosamente el piso con la punta de los zapatos, pensó en el funesto futuro que se le avecinaba. Aunque la mayoría de ellas se encontraban muy lejos de ese país, al cual se refirió en su cabeza como miserable y perverso, culpó del robo a un sin fin de personas. «Gracias pendejo, qué buena idea meter el dinero en los calcetines», le recriminó a la imagen de su mejor amigo. «Abuela idiota, si no me hubieras regalado dinero, no me lo hubieran robado», y otras estupideces así poblaron su cabeza. Pero ya no era un niño y pronto tuvo que aceptar que estaba pensando puras incoherencias y que lo mejor era buscar una solución a lo que se refirió, de forma patética, como su «martirio».

Salió del dormitorio y se dirigió a la recepción que no era más que una apolillada mesa y una silla azul acomodada cerca de la entrada al hostal. Naturalmente, no había nadie al mando y enérgicamente condenó en su ronca voz interior a la pésima organización y falta de seriedad y profesionalismo de esa pocilga. Desesperado, dio vueltas por el patio central de la decrépita casa colonial y se asomó por las puertas de todos los dormitorios buscando a alguien que lo salvara.

Sentada en la mesa de la cocina, encontró sola con su computadora a una joven noruega (¿o finlandesa?, quizás inglesa). No sabía si era o muy blanca o albina. Desde que la había visto por primera vez el día que llegó

sintió un poco de lástima por ella, siempre con los ojos salidos y bien abiertos, parecía atemorizada y nerviosa como si lejos de su esterilizado país primermundista temiera contraer algún virus exótico en cualquier momento. Tenía la cara de fantasma ciego que se le ve a las personas cuando las filman en la obscuridad con una cámara de visión nocturna. Por un momento la consideró la sospechosa principal, nadie jamás pensaría que alguien con esa carita traslúcida pudiera ocultar algo. Era el disfraz perfecto, pensó. Al investigarla notó que tenía una pequeña cortada en un dedo de la mano izquierda, se veía fresca; eso lo hizo imaginarse que la mustia seguramente se había lastimado rompiendo el candado y por eso se veía tan nerviosa. Como esas deducciones, dignas ni del más mediocre de los detectives, se le ocurrieron muchas otras en los minutos posteriores a su descubrimiento del robo. Cuando regresó de sus cavilaciones y su mirada interior se volteó hacia fuera, cayó en cuenta de que sus ojos llevaban demasiado tiempo apuntándole con suspicacia a la pobre mujer que por más que trataba de desaparecer, no lo lograba. Para disimular y sin decir nada, fingió una sonrisa e hizo como que buscaba algo en el refrigerador. Finalmente, tuvo que concluir que él nerviosismo de la nórdica no era producto de la culpa sino de la incomodidad que le provocaba la vida misma. Agachó la cabeza entre disculpándose y despidiéndose y salió de la cocina.

Entró a la sala común y se encontró con el recepcionista o voluntario, como les dicen a los viajeros que trabajan en chiqueros como esos a cambio de una cama resortuda y de tatuarse la piel con mordeduras de diferentes variedades de chinches importadas de todo el mundo. Se rumoraba entre los viajeros más veteranos que los híbridos de chinches que se habían criado ahí podían en una sola noche chupar hasta treinta veces su peso en sangre. Caminó hasta el «voluntario» y, sin saludo o cortesía alguna, agitando y apuntando los brazos hacia todos lados, le contó lo que le había pasado. Listó a los sospechosos principales y secundarios refiriéndose a ellos como: «ese pinche argentino» o «el rasta ese francés, el güerito» y de otras formas que rondaban en lo xenófobo y racista. Con la cara roja de coraje, denunció con rabiosas injurias la falta de seguridad y de preparación de los empleados del hostal. Entre más se calentaba, más acompañaba sus consonantes con proyectiles de saliva que comenzaron a bañar al esclavo que, naturalmente ofendido por semejante falta de respeto, se quitó los audífonos y comenzó ahora él también a gritar en un extraño idioma que por sus jotas guturales —que sonaban como si se estuviera tratando de desatorar una semilla de girasol de la garganta—, infirió que era hebreo. El israelí azotó contra el piso la escoba con la que había estado fingiendo barrer, dejó su celular en una mesita y amenazantemente acercó su cara contra la suya. La boca le olía a menta. Por un segundo creyó que lo iba a empujar o a golpear y discretamente, para no parecer un cobarde, entiesó todo el cuerpo y apretó los puños. Ya le habían advertido las malas lenguas que tuviera cuidado con los israelíes, que la mitad de ellos habían quedado tocadiscos por tanta guerra. Había esperado una disculpa y una investigación

exhaustiva de los hechos y no se había imaginado que podría acabar herido y sometido por una llave de krav maga. Dio un paso atrás y, mostrándole las palmas, levantó los brazos en son de paz, pero el otro dio otro paso hasta que las puntas de sus narices se tocaban. Con el pecho inflado y los brazos echados hacia atrás el joven y fornido veterano de guerra lo siguió amenazando y retando en su milenaria lengua. Horrorizado, se dio cuenta que los ojos se le habían humedecido, quiso pensar que era por el aliento mentolado que le embestía la cara, pero la verdad era demasiado obvia así que se dio media vuelta y huyó del lugar.

No se atrevió a dejar sus cosas en el hostal, así que las recogió todas, las metió en su mochila hechas bola y salió a buscar a la única persona en el pueblo con quien tenía no una amistad, pero sí un trato amistoso. Aunque el aire estaba frío, el sol de montaña le quemaba el cráneo y el cuello mientras recorría las calles donde se juntaban los demás turistas y donde su paso era constantemente impedido por los vendedores ambulantes que lo asediaban para ofrecerle artesanías y selfie-sticks en inglés y uno que otro idioma europeo que no podía entender; odiaba que lo confundieran con un gringo y los apartaba groseramente de su camino. No sabía bien que le iba a decir cuando lo encontrará ni cómo podría ayudarlo, pero quería, aunque fuera, que alguien lo reconfortara y le dijera que todo iba a estar bien y sabía que los hippies son buenísimos para eso.

Después de un rato encontró al hippy sentado en un comedor. En la mesa junto a él había otros hippies igual de rastudos y güeros que él. Tímido se le acercó y le estrechó la mano. De inmediato sintió que su saludo había sido demasiado formal, ninguno de los mochileros (o gitanos como extrañamente se llamaban a sí mismos) se daba la mano así, como dentistas o burócratas. Le dio vergüenza y trató de remediarlo, pero solo logró enredar más sus manos. El hippy respondió al incómodo saludo un poco confundido, pareció no reconocerlo, pero, tras mirarlo bien, por fin recordó que era su vecino de litera y que hace algunos días habían platicado muy brevemente: «¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? ¿Cuánto tiempo te vas a quedar? ¿Y después, adónde vas?», y cosas así.

—¡Ah, mexicano! —por fin exclamó.

Lo invitó a sentarse y le preguntó si quería una cerveza. Sabía que necesitaba una pero no tenía nada con qué pagarla y tuvo que rechazarla. Repitieron la misma conversación que habían tenido unos días antes en el dormitorio del hostal y pronto los hippies se olvidaron de él y siguieron hablando en un alemán lento y monótono incomprensible para él. Siempre había creído que el alemán sonaba agresivo y tenía demasiadas consonantes, pero el que ellos hablaban sonaba como si estuvieran rezando o recitando mantras. El único de la mesa que no hablaba así era su conocido que hablaba como si tuviera una fuga de aire en las cuerdas vocales que hacía que sus vocales silbaran desde la garganta. Su extraña voz probablemente había sido el efecto de los porros que, como ahora,

siempre tenía meciéndose entre los labios y que nunca tocaba con las manos. Mientras hablaba, la ceniza caía en su cerveza que, por cierto, parecía más obscura que las de los demás.

Aprovechó cuando una hippie, que podía haber tenido o veinticinco o cincuenta años, decía quién sabe qué cosa mientras barría con sus larguísimas rastas el piso cada vez que giraba la cabeza, para llamar la atención del hippy tomándolo delicadamente del hombro. Cuando lo volteó a ver le pareció que lo había incomodado y apenado le quitó la mano de encima recordando que le habían advertido que a los alemanes no les gusta que los toquen. Comenzó el relato de su «martirio» con un largo y aburrido preámbulo que, rápida y evidentemente, aburrió al hippy que parecía ansiosos por seguir escuchando lo que la rasta estaba contando. Percatándose de que estaba rápidamente perdiendo su atención, aceleró su exposición y le contó lo del robo. Mencionó a todos los sospechosos, pero el alemán aseguro no conocer a ninguno ni tener información alguna que lo pudiera ayudar a encontrar al responsable. Le explicó que su visa expiraría al día siguiente y sin dinero no tenía forma de salir y se quedaría atrapado en ese país por el cual, según evidenciaba su tono, parecía tener cierto desprecio.

—¡Hasta me pueden meter a un calabozo! No sabes cómo son aquí —exclamó alzando la voz, claramente haciendo uso de una hipérbole que, según tenía entendido, no era tan exagerada—. Las cárceles de aquí no son como las de Alemania.

Mientras lo escuchaba con la mirada perdida, el hippy asentía con la cabeza como si le rebotara y de vez en cuando decía: «Ja» o «Jah» —no estaba seguro. Cuando terminó su exposición, le explicó avergonzado —llevaba tres meses ahí y no había hecho ni un amigo— que él era la única persona que conocía en ese país y los dos se quedaron en silencio por un buen rato. La rasta seguía hablando y los otros hippies la escuchaban con ojos atentos, casi devotos. Lo único que alcanzaba a entender era «Jesus Christus» que por alguna razón repetía a cada rato. No sabía que esperaba en verdad del hippy que era prácticamente un desconocido. Tuvo que admitir que si él le hubiera pedido dinero o un favor, seguramente no lo hubiera ayudado. El silencio se alargó demasiado y comenzó a pensar que no hablaba suficiente español como para entender su complicada situación tan llena, como lo puso él, de tantos matices y contrapuntos. Por fin, el hippie le dijo algo en alemán a los demás, tuvieron un breve intercambio y al final todos sonrieron y asintieron con la cabeza como si todos estuvieran de acuerdo.

—¿Quieres dinero? —le preguntó el hippie en un tono muy amable y hasta tierno mientras escupía en su vaso vació la bacha que estaba a punto de quemarle los labios.

Sorprendido por lo que parecía una bondadosa oferta de ayuda de un extraño, tartamudeó un poco y después dijo tratando de no sonar impositivo:

—Pues, no sé, solo si puedes. No quería pedirte dinero, apenas y nos conocemos, ¿no? Pero sí lo necesito, no sé que más hacer. Te lo pagaría muy pronto. Te puedo dejar algo de garantía, no tengo muchas cosas, pero…

El hippy levantó el culo de la silla y enterró su mano en su bolsillo de donde sacó un enorme fajo de billetes. No podía creer cuanto dinero traía el hippy rastudo ese. Del fajo separó una generosa cantidad de billetes, la cual parecía excesiva dadas las circunstancias y, sin pensarlo dos veces, se la entregó.

—Es demasiado, no necesito tanto, solo para el bus.

—Vas a México, ¿no? —le preguntó como si tuviera un patito de hule atorado en la garganta.

—Sí, a la ciudad.

—Está lejos.

—Sí, muy.

—Pues es tu día de suerte —le dijo con una sonrisa traviesa.

—¿Ah sí? Yo creí que era todo lo contrario.

Le agradeció el amable gesto efusivamente y le aseguró una y otra vez que no se preocupara, que sin falla le devolvería el dinero y un poco más, como agradecimiento y por la molestia. Hasta llegó a proponerle firmar un contrato por escrito, con copias de los pasaportes y toda la cosa, para que todo quedara claro. Pero el alemán solo sonreía y con la cabeza rechazaba todo lo que le proponía.

—Tú no vas a pagar nada, el dinero es tuyo. Jah me va a pagar. Pero tú vas a México, yo necesito que nos haces un favor.

Todos lo veían atentos.

—No, cómo crees, cuando llegue te deposito.

—No, nos haces un favor.

—¿Qué necesitas? Lo que sea.

«Pentecostés, cuáles son esos, son los que creen que la Guadalupe es el diablo o los que creen que Jesús es gringo», pensaba mientras veía las montañas cubiertas de milpas verticales por la ventana del camión que lo llevaba a la frontera. Era el único extranjero en el bus, como le decían allá. El viaje, que le dijeron duraría solo tres horas, ya había durado por ahí de siete largas horas. El camino era por lo general de tierra y grava y cuando de repente pasaban por un tramo pavimentado, aliviado sentía como si flotaran sobre una nube. Las cabezas de los pasajeros constantemente se zarandeaban con violencia, pero ya todos parecían estar acostumbrados a esos caminos enemigos de lo plano y no se quejaban. De forma increíble, no se despertaban, aunque un bache sacudiera al camión y estrellaran con fuerza sus cabezas contra la ventana o el vecino de al lado. Durante gran parte del camino el bus anduvo por caminos de un solo carril donde lo único que los separaba de una larga caída por algún desfiladero repleto de rocas despiadadas era una sutil franja de polvo. Aunque el conductor hacía su mejor esfuerzo para evitar las imperfecciones del camino, de poco servía y, aunado a sus nervios que se estaban transformando en pánico, el mártir comenzó a sentir que el cuerpo se le empezaba a desarmar.

En un par de ocasiones le preguntó al conductor cuánto faltaba, pero el hombrecito, que apenas y alcanzaba a ver sobre el volante, no hablaba español y sonriente solo le decía: «Montaña, montaña». Muchas veces pensó en decirle que quería vomitar, que se detuviera de inmediato, y cuando lo hiciera se echaría a correr por el monte, pero mejor se quedó callado mientras se cocinaba poco a poco en su miedo. Llegó a desear que se accidentaran, pero sus fantasías concluían en escenarios tan grotescos que prefirió probar su suerte en la frontera. Se imaginó al bus cayendo por alguno de los precipicios, la carrocería de metal chillando y crujiendo mientras se despedazaba contra las rocas. Escuchaba a las mujeres gritando y veía a los hombres endureciendo la cara, tratando de aguantarse las ganas de llorar. Se imaginó la cabeza de la mujer gorda que iba sentada junto a él embistiendo la suya y el sonido que producirían sus cráneos al quebrarse uno contra el otro.

Nunca se había imaginado que hubiera hippies evangélicos y, además, fanáticos. El hippy le había explicado que estaba viajando con sus hermanos de la iglesia por toda Latinoamérica difundiendo la palabra del Señor y haciendo campaña en contra del los anticonceptivos y el aborto. Temiendo lo peor, le preguntó al hippy si tenía hijos y este le respondió que no, que todavía no estaba casado. Cuando trataba de reconciliar el olor a sobaco y pachuli con las ideas cristianas que profesaban, el hippy, que ya había comenzado a rolar otro porro, le preguntó si él ya había aceptado a Jesus Christus como su salvador. Sin sonar muy convencido le

dijo que sí, creyendo que esa era la única respuesta que lo salvaría.

En algún punto de la madrugada, el bus se detuvo y de inmediato un uniformado se asomó por su ventana y le apuntó a la cara con una lámpara. Esa no había sido la frontera por la cual había cruzado antes y le sorprendió que estuviera en un lugar tan desolado y remoto. De entre los cuerpos de las personas que comenzaban a levantarse para bajar, alcanzó a ver frente al bus un oxidado y anticlimático letrero que decía: «Frontera Internacional — Preparé sus documentos». Aterrado, se enterró en el asiento y deseó que se lo tragara. Sintió como su respiración se le salía de control y que todo el somnoliento camión lo podía escuchar hiperventilando. Se esforzó en respirar lenta y profundamente por la nariz para tratar de controlar su corazón que había comenzado a maraquear desquiciadamente. Cuando por fin logró aplacar un poco sus nervios y mil veces se repitió a sí mismo que todo iba a estar bien, que todo lo tenía bajo control, escuchó una voz que con autoridad les habló a todos desde el frente del bus: «Pasen a formarse a la zona de revisión con sus documentos a la mano».

La gente comenzó a bajar. Nadie más aparentaba estar nervioso, todos parecían estar inmersos en una vieja rutina y desde antes que las autoridades les dijeran qué hacer ellos ya lo estaban haciendo. No quería salir, por un momento consideró esconderse debajo de su asiento, pero de inmediato se dio cuenta que eso era una estupidez. Para ganar tiempo para tranquilizarse fingió estar buscando su pasaporte entre todas sus cosas y dejó pasar a todos frente a él. Pensaba que si fuera el último las autoridades estarían ya cansadas de tanto revisar y lo dejarían pasar sin hacerle muchas preguntas. Pero cuando ya solo quedaban pocos pasajeros por salir, con horror, se le ocurrió que, como en la escuela los que se sientan hasta atrás siempre son los más mal portados, ser el último del grupo lo destacaría entre todos, así que empujó a unos viejitos y se escabulló entre los pasajeros que parecieran más inocentes con la esperanza de poder diluirse en ellos. Una vez que estaban formados fuera del diminuto y cúbico edificio de control migratorio, cayó en cuenta de que no había manera de pasar desapercibido entre esa gente, le sacaba casi una cabeza a todos y podía sentir su propia cara sudada y blanca reflejando la luz del único foco que iluminaba la noche fría.

Mientras esperaba formado, vio a un policía subirse al camión vacío con una linterna y, sin mucho esmero, como si estuviera pensando en otra cosa, lo revisó. Deseó haberse escondido debajo del asiento. Sentados en una banca, otros dos policías, qué más bien parecían soldados de la primera guerra mundial, con carabinas oxidadas al hombro y los uniformes verde olivo percudidos, conversaban despreocupados mientras tomaban refresco de unos vasos de unicel.

Para cuando llegó a la puerta, la mayoría de los pasajeros ya habían pasado el control migratorio y habían regresado al bus. El cielo estaba

negro y cubierto de pecas y lunares blancos. Un viento helado le agravó el temblor que le sacudía el cuerpo. Pensó en salirse de la fila y regresar al bus por su chamarra, pero creyó que las autoridades verían eso como un acto sospechoso y hasta le podrían disparar, así que se quedó formado con los dientes castañeteándole incontrolablemente.

Cuando delante de él ya solo había una persona siendo revisada, sintió como tenía las manos empapadas de sudor. Aunque disimuladamente trató de secárselas con los bolsillos del pantalón, de nada sirvió, el agua salada no le paraba de brotar. La hora de la verdad ya cercana, cerró los ojos y, una y otra vez, respiró profundamente para poder aparentar tranquilidad. Cuando los abrió ya no había nadie frente a él, no sabía cuánto tiempo había pasado, y la autoridad, sin decir nada, lo veía con una mirada brutal. Paralizados y en silencio, se quedaron viéndose a los ojos por lo que le pareció una eternidad. Finalmente, con dos dedos le indicó al mártir que se acercara.

Secó sus manos por última vez, avanzó hasta el escritorio y le entregó sus documentos. Cuando la autoridad agarró el pasaporte, de inmediato levantó la mirada asqueado y sin aún decir nada, lo limpio con su manga, estaba empapado de sudor.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó mientras comparaba su cara con la foto.

Antes de que pudiera contestar, la autoridad, con el índice rígido, levantó la mano y apuntó de manera sentenciosa hacia una puerta metálica que estaba detrás de él y que no había notado antes. El conejo blanco caminando por el bosque negro no se había podido ocultar. Sus subordinados, que ya habían dejado el refresco y sigilosamente se habían posicionado detrás de él sin que se diera cuenta, le prensaron ambos codos y comenzaron a arrastrarlo hacia la puerta. Sintió como si sus vísceras se hubieran esfumado y sus costillas implosionaran en el vació que habían dejado atrás. En un destello, imaginó siendo arrastrado por la puerta hasta el patio trasero del edificio, siendo obligado a arrodillarse y cayendo de cara en la tierra fría con un balazo en la nuca. Nada que pudiera decir podría evitarlo. Cuando abrieron la puerta esperaba ver las percudidas montañas y el cielo manchado de estrellas, pero no era una salida. No podía entender como había otro cuarto en una construcción que desde afuera parecía tan pequeña. No había ventanas y había un fuerte olor a humedad y a crema rancia. Unos bichos trataban de fusionarse con el único foco que colgaba del techo a la altura de su cara. Apenas y alcanzó a divisar algunas caras mugrientas y borrosas que se ocultaban en la obscuridad y gemían de dolor. Lo empujaron hacia lo que supuso era el centro del cuarto —no alcanzaba a ver las paredes— y sintió en la nariz el calor del foco que lo deslumbró e hizo que las caras de las autoridades desaparecieran por completo; cerró los ojos y vio sus párpados enrojecidos. Estaba temblando tanto que tuvo que apretar la mandíbula con todas sus fuerzas para que el sonido de sus dientes a punto de

quebrarse no hiciera eco por todo el cuarto. «Quítese la ropa», sentenció la autoridad. «Qué no me oyó, que se quite la ropita».

Sabía que su vida se había acabado y las imágenes de un calabozo repellado con mierda lo comenzaron a acosar. Se quitó la playera, pero la autoridad hizo gesto de que no era suficiente y se quitó el pantalón. Las autoridades se acercaron, primero parecían extrañadas, luego sonrieron y, cuando se acercaron aún más, de nuevo pusieron cara de extrañadas. De golpe, el jefe le arrancó la cinta canela y con ella los pelos de su pierna; trató en vano de no chillar. Tomó el frasco de mayonesa, ahuyentó a las polillas del foco y lo puso bajo la luz. El feto humano flotaba plácidamente en formol dentro de un útero marca Hellman's. Mientras el mártir veía como la luz le atravesaba la piel rosada e iluminaba el espinoso esqueleto imploró: «Jesus Christus, ayúdame».